

UN HALLAZGO QUE PUEDE CAMBIAR NUESTRA HISTORIA

Ada Czerwonogora || Richard Fariña || Emanuel Machín

*Paleontólogos**

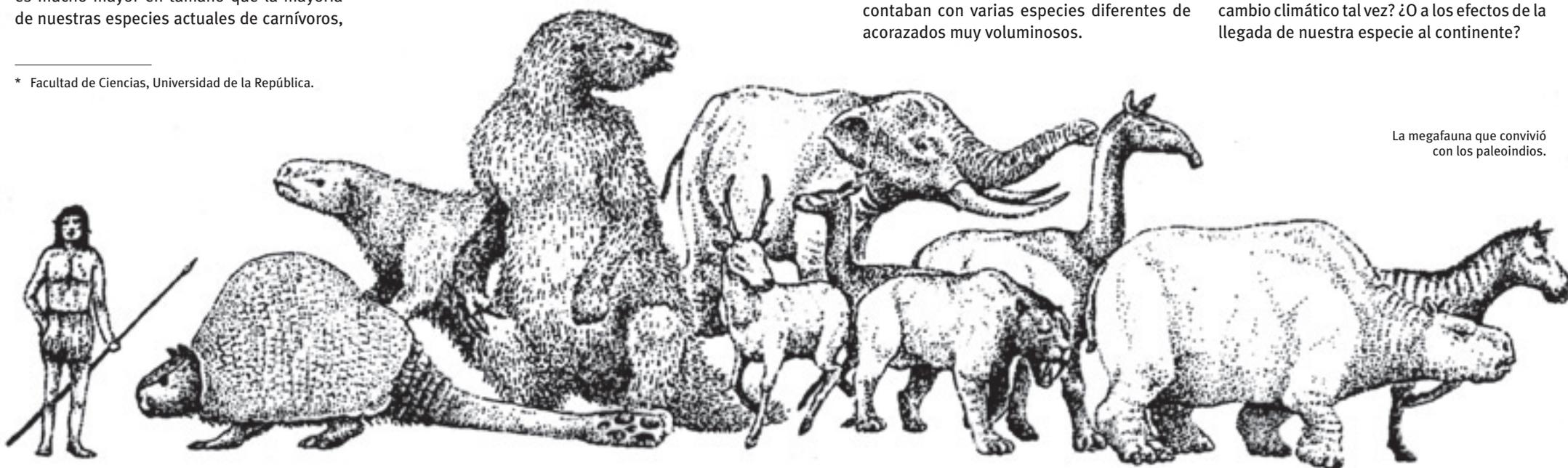
Para los conocedores de la fauna autóctona de mamíferos del Uruguay es un hecho bien sabido que actualmente quizá los ejemplares de mayor tamaño habiten las aguas, y no sobre nuestro relieve suavemente ondulado. Una especie introducida tan característica de estas tierras, como la vaca, es mucho mayor en tamaño que la mayoría de nuestras especies actuales de carnívoros,

entre las que se cuentan varios tipos de zorros, gatos, zorrillos, hurones y el puma, considerado como especie amenazada. También supera ampliamente a nuestros herbívoros como el venado de campo o el guazubirá, catalogados como especies amenazada y susceptible de

extinción respectivamente. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de la gran fauna que habitó estas tierras hasta tiempos geológicos muy recientes. En efecto, si viajáramos en un safari en el tiempo que nos pudiese llevar hasta una estación muy cercana, la del Pleistoceno superior, que terminó hace tan sólo 10 mil años, podríamos observar un conjunto de mamíferos ya desaparecidos que nunca se habían visto en otro lugar ni en otra antigüedad, y que no se volverían a ver después. En un ambiente un poco más frío y bastante más árido que el presente, se congregaban por estas zonas varias especies de perezosos gigantes, parientes de los lentos y simpáticos animales de unos pocos kilogramos que cuelgan de las ramas más altas de los bosques amazónicos: la gran diferencia entre estas especies está indudablemente en el tamaño, que alcanzaba a varias toneladas en los primeros, por lo que no es razonable imaginarlos con esas mismas costumbres arborícolas. Acompañando a estos gigantes, podíamos encontrar a los no menos espectaculares gliptodontes, relacionados con los armadillos y peludos actuales pero del tamaño de un auto. También los gliptodontes contaban con varias especies diferentes de acorazados muy voluminosos.

Además de estos colosos, existían otros extraños ejemplares, como los toxodontes y macrauchenias, sin análogos en las faunas modernas. Algún desprevenido podría haberse creído en África, al contemplar los previsible mastodontes, similares a los elefantes de hoy. Los caballos prehistóricos (¡que existían por estas tierras mucho antes de la venida de los colonizadores españoles!) y el conocido y feroz dientes de sable, entre otros, completaban un elenco faunístico sin igual. Se conoce con el nombre de «megafauna» a este espectacular grupo de mamíferos —cuya masa supera la tonelada en la mayoría de los casos— con el cual deben haberse encontrado los primeros humanos, bandas de cazadores paleoindios que llegaron a estas tierras hace unos 12 mil años. Debemos aclarar que estos son los números que se cuentan en la historia oficial del poblamiento americano, pero, como siempre en las ciencias, lo único constante es el cambio, y las certezas de ayer se disipan con los hallazgos de hoy, que generan a su vez nuevas y efímeras certezas.

¿Por qué ya no está más entre nosotros ese espléndido grupo de animales? ¿Debido al cambio climático tal vez? ¿O a los efectos de la llegada de nuestra especie al continente?



La megafauna que convivió con los paleoindios.

* Facultad de Ciencias, Universidad de la República.

Hace 12 mil años, después de haber cruzado el entonces seco estrecho de Bering, al noroeste de Norteamérica, y procedente de Asia comenzó a extenderse por todo el continente una nueva especie de mamífero, el *Homo sapiens*. Si se atribuye la desaparición de la megafauna exclusivamente a la caza excesiva por parte de los humanos, es tan estrecho el margen de tiempo disponible que ésta parece una conjetura poco fiable. Sin embargo, si las evidencias de nuestra llegada a América se extendieran varios miles de años atrás en el tiempo, la posible responsabilidad humana en el exterminio podría ser más real.

Nuestra presencia en el planeta ha exacerbado la tasa de pérdida de especies, de manera que procesos que en forma natural tomarían cientos de miles o millones de años están ocurriendo actualmente dentro del tiempo de unas pocas generaciones.

EL HALLAZGO DEL ARROYO VIZCAÍNO

Debido seguramente a las irregularidades climáticas que provoca el fenómeno de El Niño, causando variaciones en la temperatura y las precipitaciones en gran parte del planeta, durante el verano de 1997 el sur de Uruguay sufrió una sequía extraordinaria. Como consecuencia, muchos cursos de agua se secaron, generando gran preocupación en los productores agropecuarios del país. Uno de esos arroyos, ubicado en el noreste de Canelones, en la localidad de Sauce, usado tradicionalmente para regadío, expuso un tesoro que había estado escondido hasta entonces en su cauce: restos de algunos de aquellos grandes mamíferos antiguos —placas de gliptodontes— y unos cinco individuos del perezoso gigante *lestodon*. La noticia de aquel momento fue protagonizada por los estudiantes del liceo de Sauce, quienes, conducidos por su profesora de ciencias, pudieron rescatar en total casi mil piezas antes de que las lluvias volvieran el arroyo a sus niveles habituales.

Debido a aspectos no tan luminosos de la naturaleza humana, la noticia quedó en el olvido y el alboroto original no dio paso a una

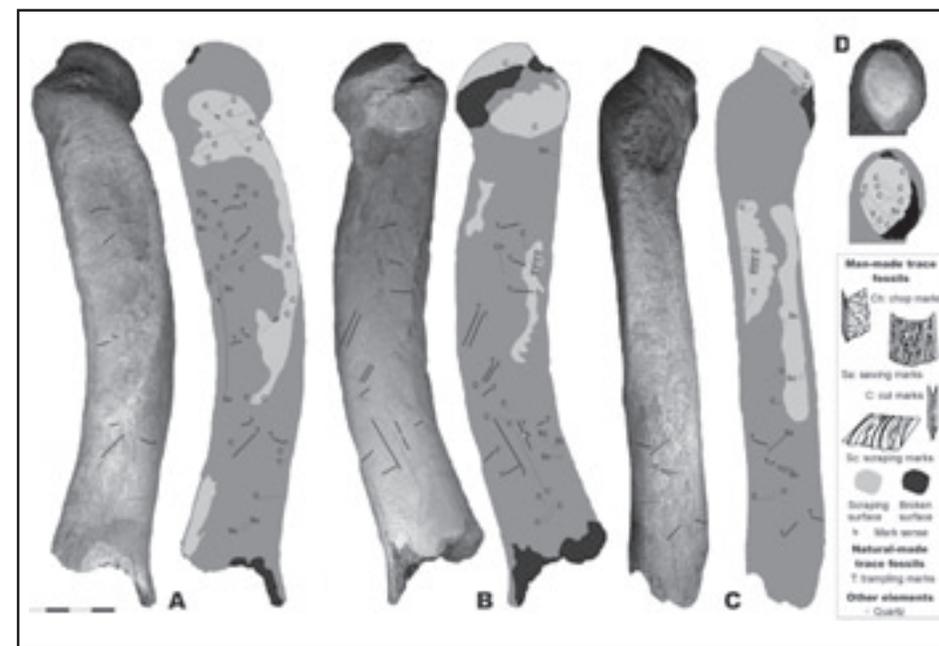
campaña organizada que procurara rescatar rápidamente los restos para ubicarlos en una colección donde pudieran ser preservados para engrandecer el conocimiento de nuestro pasado y enseñar a las nuevas generaciones. Lamentablemente, los huesos tuvieron un peregrinaje tortuoso y dañino, situación resuelta apenas parcialmente hasta hoy.

UN HUESO CON MARCAS

Aunque no todo el resultado fue negativo. En una visita a Uruguay, el paleontólogo español Alfonso Arribas, del Instituto Geominero de Madrid, vio en uno de los restos lo que sería el origen de un gran descubrimiento: una clavícula del perezoso *lestodon* acusaba unas marcas muy interesantes, justamente porque podrían haber sido hechas por humanos. El estudio detallado de las mismas reveló que tenían las características propias de los cuatro tipos de señales que dejan las primitivas herramientas de piedra en el hueso: corte, tajo, aserrado y raspado. Además, su disposición se daba preferentemente sobre zonas de inserción muscular y con dos direcciones predominantes, casi perpendiculares entre sí.

Estas evidencias no dejan muchas opciones interpretativas, ya que esas condiciones son típicas de un hueso trabajado por una herramienta humana con el claro propósito, en este caso, de cuerear la zona del pecho accediendo así a la articulación del hombro del animal. De esta manera se podría haber separado el miembro anterior para conseguir una paleta que debió haber sido el ingrediente principal de suculentos banquetes para muchas familias durante varios días.

¿Eran los perezosos un objetivo consuetudinario de la caza de estas personas? ¿O simplemente nuestros antepasados aprovecharon una mortandad natural para procurarse la carne que la oportunidad les ofrecía? Todavía no podemos responder a estas preguntas, ya que luego de más de una década de dificultades, finalmente se están iniciando las tareas que permitirán trabajar en la excavación del lugar.



Clavícula del perezoso *Lestodon* hallada en el arroyo Vizcaíno. A: Superficie anterior. B: Superficie posterior. C: Borde dorsal. D: Extremo acromial. Cortes (C). Tajos (Ch). Aserrados (Sa). Pisoteo (T). Raspado (Sc).

¿CUÁNDO OCURRIÓ EL ESPECTACULAR BANQUETE?

Mientras esperamos que recomience la recuperación de material en el sitio, los restos que ya fueron colectados pueden, en una primera instancia, ser utilizados para responder a una importantísima interrogante: ¿cuándo ocurrió esta antigua cacería o ese oportuno y afortunado hallazgo? Podemos recurrir a la técnica del carbono 14, válida para esta escala de antigüedades, para lo cual se requiere extraer una cantidad suficiente de material del objeto que va a ser datado. En este caso, como resultaba doloroso tener que sacrificar un fragmento de la valiosa clavícula para ese análisis, se tomó otro hueso (un pedazo de costilla de la misma especie encontrado asociado al anterior) y se lo envió al laboratorio de referencia.

El resultado fue impactante: el trozo analizado acusaba una edad de más de 28 mil años, es decir, más del doble que la antigüedad ad-

mitida por el paradigma para la presencia humana no solamente en Uruguay o en América del Sur, sino en todo el continente americano, desde Alaska a Tierra del Fuego. Para evitar entonces cualquier incertidumbre —ya que aunque la costilla datada y la clavícula con las marcas pertenecían a la misma especie no resultaba obvio que hubieran pertenecido al mismo individuo— era necesario descartar que ambos elementos hubiesen ido a parar allí en momentos diferentes.

Para corroborar la coexistencia temporal de los restos, un fragmento de la propia clavícula con marcas humanas fue enviado al mismo laboratorio para analizar su contenido radiocarbónico, y nuevamente el resultado fue tan impactante y alentador como el anterior: 29 mil años, un dato estadísticamente igual a la fecha ya obtenida, porque la precisión del método no alcanza a discernir mil años más o menos cuando se trata de esas edades.

MIRANDO HACIA ADELANTE

Estos resultados ya publicados, así como otros nuevos que están surgiendo y que no solamente corroboran esta historia que terminamos de contar sino que le dan ribetes todavía más espectaculares a esta presunta cacería de hace 300 siglos, finalmente han logrado sensibilizar a quienes deben autorizar el reinicio de las obras de excavación. Aunque todavía se está en proceso de contar con un lugar apropiado para custodiar los fósiles ya extraídos, cuidado por personal idóneo, con los medios y en las condiciones debidas, es decir, en un museo o institución dedicada específicamente a la tarea de conservación, catalogación y exposición de restos fósiles.

Estamos entonces asomándonos al estudio del que puede ser el yacimiento de mamíferos pleistocénicos más importante de América, el que duplica la prehistoria americana, el que puede romper con el antiguo esquema y dar un panorama nuevo sobre la colonización humana de este continente, el

que, en suma, puede aportarnos evidencias decisivas para comprender la extinción de la megafauna sudamericana y nuestra posible responsabilidad en ese proceso, con todas las implicancias éticas de esta cuestión. En definitiva, tampoco debemos olvidar que, entre todas las especies, también somos la única capaz de entender estos procesos y actuar para revertirlos. ■

Referencias

- A Arribas, P Palmqvist, J A Pérez-Claros, R Castilla, S F Vizcaíno, R A Fariña, 2001: *New evidence on the interaction between humans and megafauna in South America*. Publicaciones del Seminario de Paleontología de Zaragoza 5: 228-238.
- R A Fariña y S F Vizcaíno, 1999: *Safari en el tiempo. Los grandes mamíferos fósiles del Uruguay*, en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado 1999*: 167-172.
- R A Fariña, R Castilla, 2007: *Earliest evidence for human-megafauna interaction in the Americas*, en M E Corona y J Arroyo-Cabres, eds, *Human and Faunal Relationships Reviewed. An Archaeozoological Approach*, BAR S1627: 31-33. ii+121 pp. Oxford, Archaeopress.

«Salía humo de las dos casas. De la de él, con picos rojos; de la mía, con torres negras.
Era la hora de los panes y de la lámpara. A veces, nos huíamos de nuestros padres
—él y yo— y tomados de las manos íbamos al través del aire oscuro hacia el pie del huerto,
a besarnos levemente, arriba de los labios.
El zapallo estaba allí, dormido a todo; pero, al vernos, daba un salto.»

Extracto de *Está en llamas el jardín natal*, de Marosa di Giorgio.